

Pregón de las Fiestas de la Virgen

Antonio Botías Saus

Tres tiros que son plegarias de pólvora enamorada. Tres cargas de aroma antiguo que suenan a tres campanadas. Tres nubecillas se elevan en la noche fría y clara. Tres rebatos de arcabuces que reclaman la Alborada. Tres repiques de humareda, tres remotas arcas cerradas. Tres órdenes tanto tiempo aplazadas y anheladas.

Tres estruendos bien cebados, tres bostezos de mañana, tres colores infantiles en tres bellos trajes de gala, blanco y rosa, azul purísimo que brilla en la tarde magna, tres uniformes galanes, tres ansiadas madrugadas, tres los puntos del redoble cuando se apunta y dispara, tres domingos y la Subida como cada año pasan, tres santas vueltas al pino entre lágrimas desbocadas, tres vivas desde el balcón que atolondran la garganta, tres segundos de silencio y entonces la plaza estalla.

Tres comidas que son gloria, gazpachos, gachasmigas y pelotas de nostalgia, tres azucenas divinas porta la Madre yeclana cuando, velada entre el humo, por fin alcanza su casa. Tres vidas urge vivir por seguir acompañándola, porque el tiempo en Yecla no pasa cuando retiemblan las arcas, cuando se crusten las caras al caer la primera lágrima y el sargento alabardero a la soldadesca llama.

Y entonces ante la Compañía Martín Soriano Zaplana, el secundero enmudece, y las horas se aletargan y hasta se detiene el tiempo que rige la historia yeclana.

Todo por Ella comienza. Todo sin Ella se acaba. Todo es vano si no viene. Todo es yermo si no baja. Todo por Ella se aplaza. Y por eso el pregonero comienza por ensalzarla.

Pues quiero llamarte Señora
de mis penas Soberana
bálsamo de mis desvelos
Reina del orbe y del alma
del yeclano que te llora
al mecerse en tu mirada

Eres Reina del Castillo
Lazo azul de mi nostalgia
Aroma de beso incierto
Que iluminas Alboradas
E incienso que acaricia tenue
Tu cabeza coronada

Y quiero llamarte paje
Y mayordoma galana
Puntilla de bordado fino
Y pólvora enamorada
y Emperadora divina
con carita de muchacha
tirabuzones de Gloria
y fuego que todo lo arrasa

Vendaval entre pinares
que son palios de bajada
y repechos hacia abajo
que se tornan dulce miel
pues tus labios los consagran
Zarza ardiente sobre Yecla
Que ardes y nunca te apagas

Quiero llamarte cuesta
Y humareda engalanada
Y alivio de todo dolor
Y Estrella de la Mañana
y arcabuces que suspiran
en tan sublimes escuadras

Y salida del Bastón
y Bandera inmaculada
sabiendo que es la última vez
que salen de sus moradas
¿Quién se atreve a describir
ese instante de añoranza?

Luna de ojos profundos
Dulce boca perfilada
Dócil Esclava del Cerro
Y hermosa y bella altiplana
cuando atruena el firmamento
el estruendo de las arcas
No hay Compañía en el mundo
más elegante y galana

Quiero adelantarme al sol
para besar tu mirada
Cuánto envidio al Capitán
cuando ante tu presencia sacra
va jugando la bandera
bandera que el tiempo para

Cargaos de la gloria
pajes de tierna mirada
y Tú, Madre de mi corazón,
vestida de blanco sin mácula

Y tanto deseo decirte
bajando enseñoreada
Y tanto quisiera gritarte
Al deleitarme en tu cara
Tanto amor se me atraganta
En este pregón que me abrasa
Que empiezo por aclamarte
Por si mi voz se quebrara

¡Purísima Concepción,
Virgen del Castillo Amada
Patrona de los yeclanos
Sin Ti el tiempo no pasa
Sin Ti el tiempo no pasa
¡Sin Ti el tiempo no pasa!

Ilustrísima Señora Doña Remedios Lajara, Alcaldesa
Presidenta del Excmo. Ayuntamiento de Yecla.

Excmo. Señor Presidente de la Asamblea Regional de
Murcia y Pregonero de Yecla, D. Alberto Castillo.

Excmo. Señor Consejero de Presidencia, Turismo y
Deporte D. Marcos Ortuño.

Señoras y Señores Concejales de la Corporación Municipal.

Ilmo. Señor D. José Francisco Puche, Presidente de la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción y miembros de la Junta Directiva

Señores miembros de la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción.

Reverendo Señor D. José Antonio Abellán, párroco de la Basílica de la Purísima y Consiliario de la Asociación de Mayordomos.

Señores sacerdotes de la parroquias de Yecla.

Estimado Rvdo. D. Luis Emilio Pascual.

Señor Capitán, Mayordomo del Bastón, D. José Francisco Polo.

Señor Alférez, Mayordomo de la Bandera, D. Juan Carlos Valero.

Señores Clavarios de Bastón y Bandera, D. José Antonio Marín Sánchez y D. Juan Puche Forte.

Señores Ayudantes Mayores.

Sargentos Alabarderos y cajas.

Cabos de Escuadras y Presidentes.

Soldadesca de la Compañía de Martín Soriano Zaplana.

Pajes del Bastón y la Bandera: Darío y Raquel.

Señor Don Rafael Picó, autor del cartel.

Presidenta Dña. Milagros Ortuño y Damas de la Corte de Honor de la Purísima Concepción.

Señoras y Señores. Yeclanos.

Espectadores de Tele Yecla.

Solo una hora después de que el 17 de octubre pasado fuera anunciado como pregonero de estas esplendidas fiestas, un repentino y terrible dolor me envió al hospital. Habría de pasar una semana padeciendo y temeroso hasta que descubrieron su origen: una hernia discal. Mi cuerpo se debatía entre la alegría del corazón por este honor que no merezco pero agradeceré a la Asociación de Mayordomos hasta el día en que la Virgen venga a buscarme y el miedo de que no pudiera estar esta noche ante ustedes.

Gracias estimado presidente Puche Forte por darme tal alegría que podría compararla a la de ese Clavario que se levanta y descubre que la Virgen lo ha elegido. O a su hermano, si es presidente y tiene que leer su nombre, como este año te ha sucedido a ti, mientras la Virgen del Castillo abrazaba a tu madre de la tierra en el Cielo porque ya disfruta de la Gloria eterna.

No creo en las casualidades. Por eso le preguntaba a Ella, cuando los calmantes distraían mis nervios lastimados, la razón de tan inoportuno percance.

¿Qué quieres de mí, Madre? ¿Cuál es la razón de este contratiempo? Lo supe durante las semanas siguientes tras cancelar toda mi interminable agenda y, a la fuerza postran, quedé recluido en casa, en otra inesperada cuarentena.

Curiosamente, solo una cosa podía hacer sentado entre almohadones: escribir. O igual me acomodaba la Virgen en sus brazos.

Escribirle a Ella. Porque Ella me quería para Ella sola, sin distracciones ni ocupaciones vanas, entregadas mis horas a procurar, o al menos intentar, describir lo inenarrable de su pureza. Y sentí que el sufrimiento también esconde gloria y que bien sabe una Madre qué necesita su hijo, por muy pecador que sea.

No me avala esta noche otra cosa que mi devoción a la Purísima. Y la sangre yeclana de mi familia. Aquí, en la calle de la Fuente, nació mi abuelo Antonio Saus, y antes mi tatarabuelo, Antonio Ortega Azorín, y mi bisabuela, Concepción Sánchez Ortega, como Concha es mi madre que, además, fundó y ahora preside la Hermandad de la Purísima en Murcia.

Y aquí, en Yecla, disfrutaron en plena Guerra Civil su viaje de bodas mis abuelos. Por si fuera poco, hasta nació en la calle que llaman de La Purísima. Y comparto con mi mujer y puntal María Teresa, la devoción por María. Les ruego tengan a bien, en atención a tan noble ascendencia, disculpar la torpeza de este pregonero que aún renquea un tanto pero que habría de estar muerto para no acudir emocionado a encontrarme con Ella.

La verdad es que el mío era un dolor trivial comparado con el atroz sufrimiento de las familias yeclanas que en este tiempo han visto partir a sus seres queridos bajo el azote de la maldita pandemia. Yeclanos y yeclanas que han subido abrazados por la Virgen al Cielo. Pero sé que no murieron solos. Ella estuvo con ellos.

Y a ellos dedico mi pregón y los saludo pues estoy convencido de que en este preciso instante están contemplándonos allá arriba, gozosos por disfrutar eternamente de Su Santa compañía. Hace casi un año también se nos marchaba don Miguel Ortuño Palao, mi colega cronista, dejando a Yecla huérfana de su sabiduría. Un abrazo a su familia, a sus hijo Miguel, Fernando, Mari Paz, Ignacio e Inma, que también disfruta junto a su madre Carmen de esos cielos azules del paraíso. Otro abrazo para su espléndida sucesora, doña Concha Palao, la primera mujer en ostentar tan digno cargo. ¿Te acuerdas Concha de aquel año en que tu nieta Rebeca fue Paje?

El año pasado, por vez primera en la historia, se suspendían las fiestas por una pandemia y las calles, según anunció la prensa, se quedaron huérfanas del fervor de amanecida que acompaña a la Reina y Señora del Castillo.

Pero, Madre Pura, Tú sabes que no fue cierto. Porque tú, lo tengo dicho, en Yecla detienes el tiempo. ¿Y qué Madre se duerme cuando sufren sus hijos? ¿Qué Madre se desentiende cuando más falta hace su caricia, su atención, su alivio?

Me contaron que te encontraron en los pasillos del hospital que tu nombre engalana, transformada en celestial enfermera, en doctora que arropaba con su manto de pureza al desvalido. Y fuiste bálsamo para el enfermo. Y luz en las anochecidas de silencio tenso. Y era tu pelo rizado pañuelo que enjuagó el llanto y la nostalgia de quienes, a través de los cristales de sus ventanas, contemplaban deshechos barrios de portones enclavados.

Y estabas acunando la soledad del mayordomo antiguo al que la vejez ya impedirá por siempre ir a buscarte pero no acariciar aquel sombrero negro de tres picos, como tres vueltas al pino, como tres toques de arca en el castillo.

Y andabas meciendo el sueño ilusionado de los pajes porque cada noche, desiertas las calles por tan infernal virus, esos pequeños que son los ángeles de tu carroza soñaban con los tres trajes de estreno que imaginó Manuela Puche.

Porque Tú, Madre mía, sí que estabas. Y muchos te sintieron y te vieron salir al oscurecer de la Basílica, como si fuera otra flamante tarde del 8 de diciembre. Te divisaron ofreciendo tu ramillete de azucenas en aquella tumba reciente del tiraor que siempre subía a buscarte y ahora viniste a buscarlo Tú para llevártelo al Cielo. Y te vieron en el asilo que fundara el cura obispo, al pie de esos lechos donde las Hermanitas de los Ancianos Desamparados los ampararon más que nunca. Tú fuiste almohada dulce en sus soledades.

Y recorriste puerta a puerta cada hogar de esta villa, aliviando el encierro de los enfermos que ya no podían abrazar a sus nietos, calmando la huerfanía de abrazos entre padres e hijos, socorriendo al desvalido sin echar cuentas al tiempo porque el tiempo se detiene en este universo yeclano. De hecho, en llegando mayo, ante la imposibilidad de subir al santuario a honrarla, tantos hogares se adornaron con altares en su honor. Altares que Tú, Madre buena, estoy seguro que visitaste para bendecir esas familias.

¿Quién ha dicho que no hubo fiestas el año pasado? No sería yeclano quien eso afirmara. Porque bien sabéis que eran Su manto bandera que se jugaba al ritmo del suspiro de su camarera. Y era el viento de tu aliento el que balanceaba los pinos allá a lo lejos. Y era tu mirada tiros que hacían retemblar en la Yecla desolada el corazón de los cargaores imaginando cebos en sus hogares.

Y era tu bastón apoyo para el yeclano que añoraba abrazarse entre lágrimas a los suyos concluida la subida. Y eras puncha de plata de tu real corona que traspasaba y hendía en la lejanía los corazones de los yeclanos ausentes, que el año pasado todos los fueron. Ausentes de ti. Perdidos sin ti. Y eras redoble de caja en el auténtico pregón, que no es este, sino el que convoca a las gentes por las calles cada cinco de diciembre.

¿No oísteis el toque de palillera, el de guerra, el redoble de tres puntos? ¿No distinguíais las notas de la música del yeclano ausente? ¿O las del vals Olas del Danubio? ¿No sentisteis cuando aplaudíais desde los balcones a los sanitarios, que eran auténticos castillicos de entrega y valentía allá en la placeta de San Cayetano?

¿No os emocionó ver a mi buen amigo y alcalde Marcos llorar en el Beneplácito, porque los hombres para serlo tienen que llorar ante Ella? Lo dijo alguien en su Pregón. Y ahora yo le digo a él delante de ella, delante de ella, que tú Alberto Castillo siempre serás mi maestro, el que me arropó siendo un desconocido joven periodista y que ahora, desde esta atalaya del Pregón más grande a la Purísima que es el de Yecla, te dice: ¡Gracias! ¡Gracia por todo querido amigo! ¡Qué Ella te bendiga!

Porque Ella estuvo contigo y con todos en la pandemia. Amigos yeclanos, ¿no reparasteis en los nervios de los clavaríos en la calle Jumilla donde, por vez primera, portaron un trecho el bastón y la bandera para anunciar al mundo el futuro de estas grandes fiestas?

Yo estuve aquí hace un año, proclamando la Constitución. Y sentí que todo eso sucedía, porque cuando vais a traerla a su casa el tiempo se detiene. Y se detuvo el año pasado pero este nadie podrá impedir que los yeclanos, y mirad que sobran ganas y lágrimas atragantadas, retornéis a buscarla.

Arcabuces silenciados casi durante dos años. Olor a pólvora desterrado casi dos años hasta que el pasado 8 de septiembre una pequeña Arca Cerrada que hogaño anunció a Yecla que retornaba la ilusión. Fue con motivo de la llegada, precisamente, de la Inmaculada de Éfeso. La Madre peregrinaba por España bajo el lema “Madre ven”. Pero todos sabemos que era una frase inacabada. “Madre ven... a Yecla”.

Tú yeclano, detenido el minuterero de un año de ansiedades, renovarás la Fe de tus ancestros, retornarás a tiempos de nostalgia hasta ese instante condensada en fotografías ya descoloridas que en cada cuesta reverdecerán en tu memoria.

Tú quisieras cogerla a Ella de la mano. Eres de nuevo, cuesta abajo, aquel niño que a ciegas confiaba en que su madre, seguro de no tropezar. Quisieras cogerla de la mano porque sabes que te llevará al Cielo.

Como cuando fuiste paje, cuando capitán o alférez, ayudante, cargaor. Al fondo, los campos con su horizonte de marrores, oros, grises y naranjas. Las vides desnudas, como tu corazón cuando Ella te mira.

Quince letras de fervor

Este año volverá a interrumpirse el tiempo en Yecla.

Quince cohetes volverán a atronar el orbe mariano, uno por cada letra de María Inmaculada. Yecla es noble, leal y fidelísima villa. Nunca ingrata. Por eso avisa en su Beneplácito con quince campanadas de pólvora que se dispone a celebrar su adelantado Año Nuevo. Porque Ella todo lo renueva.

Otros quince cohetes treparán más alto en los cielos desde el Castillo. Uno por cada letra que nuestra Madre pronuncia: “¡Deseo que vengáis!”. Quince letras. Uno por cada letra que su mirada anuncia: “¡Llevadme a mi casa!”. Uno por cada letra que su boquita proclama: “¡Bajadme a mi Yecla!”. Quince letras. Y otro cohete por cada letra que su pureza atestigua: “¡Subid al Castillo!”.

Solo restará pasar revista a la tropa. Porque el resto estará cumplido. Ya bullirá desde hace días el corazón del clavario del Bastón, José Antonio Marín, y desde hace días andará jugando su alma en sus sueños Juan Puche Forte, clavario de la Bandera. Enhorabuena a ambos.

Cuando la Subida vuelva a poner en marcha el reloj del tiempo según Yecla os aguardará el año que más recordaréis en vuestras vidas.

Año en que por cierto, tú, Juan, celebrarás un cuarto de siglo justo desde que comenzaste a salir en las fiestas.

La cohetería anunciará lo inevitable, vital e imperioso. La Reina de la Alborada aguarda. El quinto día de diciembre un coro de serafines descenderá a la Vestida de la Virgen. Y los ángeles guiarán las manos para poner más guapa, si es que acaso eso es posible, a la Patrona.

¡Ay Julia Hortigüela! ¿Qué se siente al acariciar sus gloriosas manos? ¿Al mesar su divina cabeza? ¿Al tenerla tan cerca y resistirse a besarla? Los Tíos de las Punchas y el repiqueteo de las cajas también proclamarán ese auténtico pregón, que no es este que pronuncio, señores, sino la convocatoria general a todos los yeclanos del orbe. Muchos ya andarán ese día revisando sus arcabuces. Nada puede fallar. Y nada fallará.

Parecerán avanzar las horas, aunque en realidad no pasarán, y espumarán las emociones. La Compañía se pondrá a las órdenes del Capitán José Francisco Polo, que ha tenido el privilegio de custodiarlo dos años. Como dos años custodia la Bandera Juan Carlos Valero, orgullo de la Escuadra Minerva, y su hija Raquel acaricia el sueño de ser paje.

Tú, José Francisco, cumplirás así la promesa antigua que le hiciste a la Virgen de que tu pequeño Darío, tan desvalido tras su nacimiento, algún día sería Paje. Y Ella sonrió y acunó en su mirada al nuevo miembro de la escuadra Alborada. El mismo que lleva un año advirtiéndote: “No estés triste papá. El año que viene seré Paje y tú Mayordomo”. Y se acerca el día.

Los pajes de armas andarán alborotados desde su tierna Misa. El pueblo entero volverá a ser convocado en el tradicional Paseo. La Bandera se besará junto a San Francisco como pronto serán los piropos arrumacos a la Virgen en el Castillo. La Enseña se jugará incluso por quienes una vez vibraron durante su mayordomía.

Todo, en un Gólgota yeclano trocado en Resurrección sin mancha, estará cumplido. Y será entonces, precisamente, cuando sucederá todo. Y lo hará fuera del curso de la historia. Porque Yecla, desde aquel bendito año de 1642, ya no mide el tiempo al llegar diciembre.

Porque la Virgen bajará. Las chimeneas, antes, anunciarán un pueblo en vela. En los casas y en los cuarteles, en las cocheras humildes, en las fincas de campo donde el humo se tornará en aromas de gachasmigas. Café y libricos prologarán la apertura de cerrojos en los hogares de los Mayordomos del Bastón y de la Bandera.

El Ayudante Mayor llegará apremiando. Tranquilo, las antiguas botijas, las cantimploras, rebosan pólvora. Los corazones, impaciencia. El frío de la noche no humedeció las mechas. La soldadesca, presente e inquieta. Andando. Arcas cerradas en el atrio y colación. Sonará la Marcha Real y las nueve de la mañana, ese bendito instante en que todo comienza, parecerán no llegar nunca.

La luna, remolona, iniciará hostilidades con el sol, que la acechará en la fría mañana. Las aves de la estepa, los alcaravanes de ojos asombrados, se disputarán improvisados palcos en las ramas de los acebuches.

Las nubes se arremolinarán en manojos que dibujarán azucenas en el azul del cielo.

Los diamantes del rocío reflejarán sobre las hojas de la sabina o la jara inmaculada el paso de las escuadras que avanzarán decididas hacia el santuario y contemplarán su puerta. Familias enteras clavarán sus pupilas húmedas en ese bendito pórtico. La Compañía eterna contemplará desde el Paraíso esa puerta.

Desde sus hogares en Tele Yecla y través de las redes otros muchos también observarán esa consagrada puerta. Porque saben que esa, esa es la mismísima puerta del Cielo. Y por la puerta del Cielo solo puede salir Ella: la Madre de Dios.

Nada describe su gracia al pie de la escalinata

Ni campanas desbocadas, ni el estruendo de arcabuces

Ni vítores ni arcas cerradas, ni la algarabía de voces

Ni el sol que da codazos por verla con rayos de azul marino

Ni el humo, que es incienso y plegaría, ni el suspiro contenido

Ni el Himno Real que la ensalza, ni el piropo repentino

Ni esas lágrimas que imploran la gracia de un favor divino

Nada tu belleza narra al emprender el camino

Cuesta a cuesta los yeclanos desentrañan su destino

Quererte, amarte, adorarte, besarte hasta el desatino
Y mientras descienes galana eres luz del peregrino

Pues debajo de tus andas no hay hombro que quede
rendido

Cada uno con su pena, su quebranto o su castigo
Su enfermedad o su dicha, su anhelo o un sueño cumplido
Van tapizando entre rezos en cada revuelta el camino

El padre que carga al hijo, el hijo que carga al abuelo
Y sus tiros van dibujando apellidos de abolengo
Sus alegrías se acrecientan al compartirlas contigo
Y su dolor se atenúa porque te sienten su abrigo
Su confidente y Bastón, su dulce Madre del Cielo
Su Bandera como manto que ampara a los desvalidos

¿Qué te cuenta el yeclano en silencio entre el revuelo?
¿Qué confidencias te ofrenda veladas por el incienso?
¿Qué súplica eleva el humo hasta prenderla en tu pelo?
¿Cuántas oraciones miman tu bienaventurado pecho?

Y alcanzas la esquina del Barco, que es navío en mis
desvelos

Galera de gloria eterna donde quisiera estar preso
Entre la niebla de pólvora, ¡Ay Señora del Universo!

De improviso se divisa tu rostro de caramelo
Y entonces podría morirme pues muy por seguro tengo
Que si muriera al instante en que entras a tu templo
A la misma gloria eterna me llevarías en un vuelo
Acariciando mi alma y adormecido en tu seno

¡Rodilla al suelo, mi Alférez, Mayordomo de lo eterno!
La bandera que se juega convertida en minuterero
Que remueve el tiempo en Yecla porque su Madre del
Cielo,
¡Virgen Pura del Castillo, de nuevo vienes a vernos!
¡Purísima Concepción, ya estás de nuevo en tu pueblo!
¡Inmaculada sin mancha, ya estás de nuevo en tu pueblo!
¡Y Reina de los yeclanos, ya estás de nuevo en tu pueblo!

Besos para una Madre

Y para una madre, besos encendidos y flores que se tornan
caricias de blancos pétalos en manos de esas auténticas
columnas de la fiesta: las madres, esposas, hijas y abuelas.
Bellas yeclanas con caricas de azucena, del brazo de los

tiraos, van proclamando por las calles hacia aquella auténtica catedral, bajo luminarias azules que realzan tanta belleza, su fervor y su elegancia de mantillas que ensalzan, si es posible hacerlo más, su apostura, camino de la ofrenda.

La intensa mañana, previo alto para dar cuenta de los sabrosos gazpachos, anuncia una más emocionante tarde. Las aceras hierven de gentes. El asfalto frío comienza a hervir al paso de las agrupaciones de escuadras. Las calles trepidan bajo el taconeo distinguido de las yeclanas. ¿Se puede tener más clase?

La repentina noche se detiene a admirar sus peinados de reciente peluquería, sus vestidos negros o algunos blancos o azules. Sus refajos de remotas filigranas de San Isidro. Los arcabuces, al hombro izquierdo.

Las infantiles mantillas blancas y el galimatías de chiquillos que, mal que bien, intentan mantener el paso que las bandas proclaman. Resuenan pasodobles de flor de lirio real y cajas de aires marciales atronan la vecindad. Pies y manos marcan el compás. Las coberturas de los móviles enloquecen.

Un río de ramos de flores blancas que, al pie del altar, pasan de mano en mano hasta engalanar a la Virgen. Ya esa fragancia permanecerá en Yecla todo el año condensada. Hasta el espontón de la paje, sin ser natural, parece exhalar magnífico perfume. Y lo hace porque al día siguiente, el Día de la Virgen, ese aroma envolverá calles, plazas y avenidas a su paso.

Y lo hará por siempre, que no otra cosa es la proclamación de clavarios: la continuidad de la tradición,

allá, al pie de la Iglesia Vieja donde las cajas, los punchas y los ayudantes mayores escoltarán a los elegidos.

La imposición de la medalla es un certero beso de la Virgen a los elegidos, despojados de gorro, guantes, mecha y arcabuces, que es casi lo mismo que dejar su alma desnuda, y a quienes emplaza para el año que viene a una cita que nadie, ni aunque perdiera el juicio, se perdería.

Y entonces, el reposo de la soldadesca se tiñe de pelotas de relleno. De pelotas preparadas a la antigua usanza, cortando sus ingredientes a cuchillo, sin trituradoras que preñen de electricidad la masa. Desde que era un niño, en casa de mi madre siempre comimos pelotas en este día. Otra tradición de mis ancestros yeclanos.

El próximo 8 de diciembre, en cambio, por vez primera en mis 46 años de vida, no comeré junto a la mujer que me crío, porque estaré aquí con vosotros. Y ya entiende mi madre de la tierra que mi Madre del Cielo me ha invitado a degustar la gloria. Y ante eso es imposible negarse.

Cuando la Virgen salga en procesión en su día grande no busquéis yeclanos la luna en el cielo porque habrá descendido y, a sus pies, corona su carroza de Emperatriz divina. La Virgen, su pueblo, la Compañía, las escuadras, las arcas cerradas, el gentío que se acumula codo con codo por admirarla... Perdonadme yeclanos. No puedo. Incapaz soy de describir ese momento.

En esta convalecencia que Ella me regaló, desde la fragilidad absoluta de mi cuerpo, pensé que yo, si pudiera, le pediría salud.

Pero también imaginé qué ruegos contenían esas miradas a su paso en cada calle. La Virgen pasa. Y todos la miran.

¿Cómo no mirarla? La anciana cuyos ojos, hasta esa tarde rendidos ya por la edad, se iluminan y reverdecen al verla caminar. El niño que descubre cómo a su padre, su referente en la vida, se le cuaja de lágrimas la cara y asiente mirándola, como si reconociera que Ella, sea en lo que sea, tenía razón.

La Virgen pasa por la calle Juan Ortuño. El abuelo que desde su balcón, que el pobre ya ni bajar a la calle puede, cierra sus ojos al verla como si recordara aquellos años en que fue cargaor o mayordomo o puncha o caja o, simplemente, un joven que entonces le pedía a la Virgen trabajo y amores y ahora ya solo salud para los suyos, y solo después remedio a sus achaques.

La Virgen pasa Por Pintor Aguirre. El joven enamorado que mientras abraza a la novia quisiera verla como a Ti, Madre Buena, en una carroza galana y a la que besa prometiéndole anti Ti, ahí es nada, que la amará hasta su último aliento.

O la joven que ve pasar al tiraor de sus entretelas de punta en blanco, con su camisa de gala, sus gemelos de oro, su virilidad hecha arcabuz y le suplica a Ella, porque la Virgen pasa, haciéndole la mirada piruetas, que bendiga ese amor por siempre.

O la madre que el año pasado clamó por el hijo enfermo. Y el hijo, hogaño, está sano. O porque no faltara trabajo en casa. Y el trabajo no ha faltado.

O acaso por los abuelos a los que atiende, restándole horas con gusto a su descanso.

La Virgen pasa por la calle España. Y el párroco pedirá por su fe. Y el cobarde por alcanzar la valentía. Y el valiente por quitarse la máscara y ser como Tú, Virgen Pura, lo ves: frágil y necesitado. Y el enfermo salud. Y al que le sobra salud, porque Tú se la arrebatas para dársela al que más la necesita de entre los suyos. Y el pobre por serlo menos. Pero también el rico ofrecerá cuanto tiene por ser más pobre, pero más feliz. Y el que ha triunfado en la vida ofrecerá sus éxitos porque la paz, vaya usted a saber la razón, retorne a su hogar.

La Virgen pasa por Horma del Niño. Y las plegarias que titilan bajo las luminarias se mezclarán con la humareda cuando en San Francisco el Capitán ceda el bastón a su paje y comience a disparar. A ese estruendo se suma otro tan patente e incontenible: el de quienes siguen clavando sus ojos en Ella agradeciendo tantas gracias, tanto consuelo y aliento, tanto alivio a sus almas.

Y esos ruegos impregnados de esencias de pólvora yeclana mecerán los movimientos del Alférez arrodillado en San Cayetano, al comenzar el juego de la bandera y el disparo de arcas cerradas y fuegos artificiales. Porque esa Bandera expande y propaga y esparce y proclama al mundo que eres Reina y Soberana. Señor Mayordomo de la Bandera, solo tú sabrás cuántas horas de ensayos habrás cumplido con el 'trapo', que en ese instante es otra cosa inmensa: Bandera Purísima que nada parecerá pesarte.

Entre vivas y lágrimas y suspiros y aplausos, la tela borgoñesa dispersará al orbe entero la oración de la pólvora mientras el cielo se ilumina en mil artificios de colores, que son los de tu cara divina Virgen del Castillo.

Yo quisiera Carmen Ortín, amiga y compañera del diario La Verdad, dotar a mis palabras de la emoción con que tu padre, el inolvidable Koki, retransmitía ese instante mágico en que la Virgen llega a su templo. Hace tres décadas, en 1983, así lo contaba:

“Son momentos para ver y no para contar. Su mirada amorosa nos acoge a todos. Aquí estamos los yeclanos acogiéndonos bajo su manto deseosos de merecer su sonrisa. Va a entrar de un momento a otro a la Basílica aunque el mayordomo sigue jugando la bandera y lo hará hasta que llegue al altar mayor. No sé qué tiene este día tan típicamente yeclano para que tanta alegría tanta melancolía vaya juntas de las mano”.

A Yecla, en ese instante en que la más Pura yeclana alcanza y entra a su Basílica, se le agita el corazón y le palpita y puede incluso oírse su latir que es cada tiro, y puede presentirse el fluido de cada vena, que es cada mecha encendida y azuzada como la mirada de quienes aguardan a la puerta de sus hogares a que Ella pase. Porque la Virgen pasa. Por la puerta más principal y por la más humilde.

Las escuadras en formación atronarán las arcas cerradas en el atrio, aguardando su llegada, tan cargada de ternuras, de oraciones que mece el incienso. Y allí, fijaos en este detalle, es tanto el amor que la Virgen ha recibido que, como de improviso, tal que algo fuera del guión

celestial de la tradición, Ella se vuelve hacia el gentío que sigue enaltecéndola y entra a su basílica de espaldas, sin perder vuestra mirada un segundo. Yo sé qué dicen sus ojos en ese preciso momento: “¡Ánimo, no tened miedo! ¿No soy acaso vuestra Madre?”.

Esta noche reconozco, querido José Francisco Puche, y a ti me dirijo en representación de todas las agrupaciones de escuadras, que encargarme este pregón me ha dado no solo consuelo en la inesperada enfermedad, sino vida a mi alma y libertad a mi corazón.

Gracias amigo mío, por confiar en mí y porque eres el más fiel embajador de estas grandes fiestas. Y me he sentido también como un tiraor de los que llamáis libres, a quienes dedico ahora un saludo pues su devoción, como la mía, es idéntica a otra cualquiera. Libres. Libres pues su fervor, como el mío, es similar y hondo y sentido. Ella es Madre de todos. Y Ella no distingue unos tiros de otros. Todos son gloria bendita en sus oídos y a todos los bendice por igual.

Un evangelio yeclano

Tantas emociones hacen que retiemble el más bragado de los corazones. Y ese vaivén de la gracia purísima durará jornadas. Que se lo digan a los clavarios en su día, cuando sean proclamados. Que se lo digan a los yeclanos cuando acuden a besar las manos de la Virgen del Castillo, que se tornan almíbar puro para el alma.

Yo, llamadle loco, concluyo esta noche que esta fiesta yeclana es tan grandiosa que no solo la Madre de Dios es

su eje principal. El mismísimo Señor se suma a la celebración. Y lo hace, en mi humilde entender, el día de la Solemne Minerva, cuando los arcabuces lo convocan tras la procesión claustral a la puerta de la Basílica y nuestro párroco José Antonio Abellán, hombre de fe y valiente en defenderla, eleva la custodia frente al juego de la bandera.

Alza con amor a Cristo. Y cuando lo eleva delante del palio de azul purísimo que el humo acaricia, ahí arriba en la sagrada forma que es el rostro del Señor del Sepulcro ya Resucitado, se refleja todo cristiano que al escuchar la proclamación del anuncio de que Él ha vencido a la muerte, llega también a estar embarazado de Cristo.

María, la brisa suave y altiplana del profeta Elías, el susurro del Espíritu de Dios que desciende del Cerro, la zarza ardiente de Moisés que es vid ancestral en estas tierras y que en Yecla es jara galana, es la Virgen del Castillo que, como gran yeclana, advierte a su Hijo desde dentro, desde el altar, como lo hiciera en las bodas de Caná: “No tienen vino”.

Y estoy convencido de que en ese Evangelio yeclano que solo los iniciados conocen, apostilla: “Parece mentira, en esta tierra de tan sabrosos caldos”. María, Madre Redentora, ansía compartir con la humanidad el vino de la sabiduría, del amor, de la alegría de que Ella estaba colmada, como le anunció el Ángel: “Llena eres de gracia”.

Contemplando a María de Nazaret, Torre atravesada al pie de la Cruz, Columna de amor que sujeta el cielo de nuestra débil fe, me conmueve pensar qué méritos tenemos para ser elegidos por Ella, para tenerla entre nosotros esos días gozosos.

¡Cuántas personas habrá más allá de esta noble villa que ni sospechan la gracia de sentirse sus hijos! ¡Cuántos se debaten en la enfermedad, la soledad, la desesperación, la vejez, la oscuridad del sufrimiento y no pueden, como nosotros, subir un ratito al santuario, echar unos minutos a su lado, hablar con ella y recibir su consuelo!

Realmente, somos afortunados. Y sin merecerlo se nos desvela el gran secreto que atenaza el corazón del hombre: su miedo a cuanto le destruye, a todo lo que le hace sufrir, a todo lo que le arrebatara la vida, a todo lo que le molesta... el temor a todo lo que Cristo se enfrentó para que nosotros pudiéramos pasar aferrados de su mano sin perder la vida.

María, siempre solícita incluso para aquellos que se resisten a amarla, pero suben a bajarla cada diciembre en Yecla, vuelve a pedirle a su Hijo que nos perdone porque tampoco tenemos vino.

Y entonces se lo pide a la Agrupación de Escuadras Minerva, que en su dedicación enológica es insuperable cuando cumple veinte años de existencia. Enhorabuena. Y su amor a la Patrona lo seguirán manteniendo hasta el fin de la historia. Que se lo digan en unos días a Juan Carlos Valero si miento o digo la verdad. En tu honor esta noche canto vuestro himno: "El tibio sol de la mañana, listado de blanco y azul, se hermana con el estruendo, de sonoros disparos de arcabuz".

Da igual, sinceramente, a que agrupación uno pertenezca. Todas atesoráis historia y gracia por partes iguales. Si Arabí, porque de aquel lugar se trajeron las primeras piedras para erigir la Iglesia Nueva.

Si Purísima Concepción, porque en vuestro tradicional café-tertulia palpita la necesidad de sentirse yeclano todos los días del año. Si La Retaguardia, descendientes de Zaplana, cuyo origen se remonta a finales del siglo XVIII, en el año de las Ordenanzas.

Entonces vibraran las alabardas, como pronto vibrará la Escuadra de Los Alabarderos, sin cuyos sargentos o tíos de las Punchas se perdería la esencia de estas grandes fiestas.

O Si Retaguardia de los Luna que anunciáis con bravura que la Virgen llega a la Basílica y este año distinguís a los sanitarios que tantas vidas han salvado en el hospital. O Virgen del Castillo, cuya cross es una carrera más que por la tierra hacia el Cielo.

Si María Inmaculada, porque en cada tablero de ajedrez la Reina es la Reina del Castillo: blanca por su blanco manto y pureza; negra de pólvora morena como su rostro. O la Escuadra Alborada, qué bello nombre y qué más afamados gazpachos como fin de fiestas. ¿Y qué me dicen ustedes de aquella escuadra cuyo himno reza: “Nuestro lema es la fiesta, por su historia y tradición. “¡Viva Yecla!, y sus Escuadras... ¡Arcabuceros de Vinaroz!”.

O la que se llama La Purísima Concepción, “Hombres de devoción. Hombres sencillos y valientes, bizarros soldados de María, que llevan con gallardía, en su corazón ardiente, y que portan en su pecho, el gran amor a María”.

Gran himno, como su gran Clavario de la Bandera es Juan Puche Forte, como gran espacio da nombre a otra agrupación: Atrio de la Purísima, lugar sin el cual ni habrían

escuadras ni fiesta que imprimieran la emoción en nuestros corazones.

Como portan en sus pechos los arcabuceros que rinden homenaje al Capitán Mora, los mismos que el año que viene celebran su vigésimo aniversario para honrar a don Manuel Sánchez Castaño, quien por cuarenta años, que pronto se dice, fue fiel Ayudante Mayor de la Insignia de la Bandera.

Y si de capitanes hablamos, hablemos pues de la Agrupación de Escuadras Capitán Zaplana Primera de la Bandera, que tantas fotografías lega para la historia en su irremplazable certamen. O quienes integran Capitán Zaplana Primera del Bastón, que el año pasado también cumplieron sus sesenta años de vida y que recuerdan con un galardón a uno de sus fundadores: Alfonso Azorín Martínez- Quintanilla.

O El Paso de la Bandera, cuyo nombre se lo da esa sabrosa plazoleta en el día de la Bajada y que irrumpieron en la fiesta de tal forma que, sin acaso preverlo, organizados solo apenas unos meses antes en 2003, obtenían, porque la Virgen del Castillo siempre premia a los soldados valientes, el nombramiento de Clavario del Bastón en la persona de José Antonio Hernández Muñoz.

Y si de la Virgen del Castillo les hablo, cómo olvidarme de la agrupación que su nombre enarbola y que el año próximo, de la mano y el Bastón de José Antonio Marín Sánchez, flamante Clavario, continuará tan histórica tradición.

Tradición que la Escuadra El Castillo también inmortaliza en ese concurso de dibujo que en tantos

pequeños yeclanos, potenciales pajes, inculcan el amor a la Purísima.

Tradición que alcanza a El Yeclano Ausente, esa publicación que hogaño cumple cien números bajo la magistral batuta de Pedro Soriano Azorín, quien se jubila... si es que lo dejan. Felicidades. Y también a Siete Días Yecla, querido amigo Antonio Martínez Quintanilla, por su vigésimo aniversario.

Y antes ya los mencioné. Pero ahora, permitidme que insista. Porque existe una escuadra que no enarbola ese nombre pero está compuesta por los tiraos libres y que evidencian que en esta Fiesta todos tienen su lugar, todos tenemos la oportunidad de mirarla a Ella a la cara y decirle: ¡Te quiero! Y eso, amigos yeclanos, no tiene precio.

¡Pólvora para Ella!

El ejemplo de María ilumina la actitud de todo cristiano, más aún ahora, en este tiempo de ataques a nuestra tradición, en estos días en que algunos intentan ridiculizar nuestra fe y desean relegar a las sacristías la Buena Noticia del Evangelio.

Sin embargo, nadie enciende una mecha para silenciar el tiro y, como la Virgen, sabemos en quién hemos puesto nuestra esperanza. Que se lo digan a los Alabarderos, que el año pasado cumplisteis una década en plena pandemia pero que hogaño, si Ella quiere, que querrá, volveréis a atronar esta villa.

María es el ejemplo de la maternidad gozosa frente a aquellos que por ignorancia aniquilan el fruto de sus

entrañas. ¿Cuántos inocentes habrán muerto hoy en el mundo, acallados sus lamentos, silenciada su agonía en la oscuridad de un seno agredido?

La Purísima Concepción, la Virgen del Castillo, es el paradigma de la vida estimable frente a quienes dudan de que la vejez o la enfermedad pueda vivirse con dignidad; María, finalmente, pregona en cada Alborada, en cada procesión o Minerva o Subida o incluso transformada en Angustias en Semana Santa, que la fe a nadie se impone ni a nadie aplasta, que sólo se nos ofrece gratis para iluminarnos el camino cual Martes Santo de farolicos.

A ti te imploro esta noche Virgen del Castillo, a la que elevamos nuestros ojos, al tiempo que parece susurrarnos, como a los apóstoles asustados en la tempestad del lago: “¡Ánimo, soy yo, no temáis!”. Si Ella está con nosotros, si hemos conocido su amor, ¿por qué tener miedo? ¿A quién temeremos?

María, Ángel de la Guarda del Tercer Milenio, también nos reclama, a las puertas de la Navidad, en este tiempo de Adviento que es atronar de pólvora en Yecla, que es momento propicio de preparación, donde la familia, a imagen de la Sagrada Familia de Nazaret, recupera su pleno sentido.

Caminemos convencidos de que no hay mayor honor en este mundo que ensalzar las Glorias de María, teniendo como estandarte aquel grito de ánimo que también convirtió en su enseña el recordado Juan Pablo II: “¡No tengáis miedo!”. Y si de miedo hablamos, está en este auditorio alguien que poco tiene de casi de nada. Bueno, sí. Solo de una cosa: de no estar en diciembre en su Yecla amada.

Querido amigo Marcos Ortuño. Ahora eres consejero con mando en plaza. Pero yo te conocí siendo alcalde de Yecla, que es mucho más importante, y ya entonces supiste transmitirme el amor que sientes por la Virgen del Castillo. Y tu mujer, Rocío, con quien tuve el honor de trabajar hace unos años, compartía esa pasión por esta tierra.

Yo he visto quebrarse tu voz al proclamar los vivas a nuestra Virgen. Yo he visto como se te encendía la mirada al hablar de Yecla y sus tradiciones. Por eso esta noche, delante de Ella, te doy las gracias.

Y acabo, acabo porque exhausto me veo para seguir hablando de Ella, que entre las brumas de pólvora que magistralmente imaginó Picó en su cartel, ya se me enturbian las palabras. Pero permitidme yeclanos, que lo haga en primera persona.

¡Pólvora por Ella, yeclanos
que es incienso al universo!

Solo quisiera esta noche,
Llegad amaneciendo al Cerro
O cuando los yeclanos te lleven
en la Subida a tu templo
Y clavar como raíces
mi alma a tan sagrado suelo

O convertirme en ancestral pino
para sentir vuestro aliento
a cada vuelta un suspiro
a cada vuelta un anhelo

¡Pólvora por Ella, yeclanos
que son suspiros eternos!

Porque me diste la vida
en mi aciago sufrimiento
Porque solo al escribirte
sentía alivio y consuelo

Porque eres mocica guapa
fiel Esclava del Verbo
Arcabuz de noble madera
Humo que tiñe el cielo
De oración yeclana pura
de tiro noble y sincero
De mecha que se enciende en gloria
de cargaor grande y diestro
Que va anunciando a su paso

que Tú detienes el tiempo

¡Pólvora por Ella, yeclanos
que sin Ella desfallezco!

Gracias por darme la vida
por aplacar mis anhelos
Por mi amada mujer Teresa
que es mi faro y mi cimiento
Por compartir esas hijas
por tantas veces consuelo
Por hacerme bajar las cuestas
de desvariados desvelos
Gracias por estar conmigo
como yeclano de ancestros

¡Pólvora por Ella, yeclanos
y que suba al firmamento!

Y mecirme en la Bandera
cuando ya flaquea mi aliento
Y darme fuerza de Bastón

para anunciar lo que siento

Gracias por sentirte cerca
sentir tu purísimo aliento
En las horas más aciagas
y en los más tristes desvelos

Solo te pido Madre
que en este planeta incierto
Bendigas a cada yeclano
si atraviesa un sufrimiento
Una alegría, plegaría
un anhelo o sentimiento
que en cada bajada los mires
y seas su gloria y consuelo

Cuando esta noche les habló
quebrado el entendimiento
solo me resta pedirlos
desde un hondo atrevimiento

¡Polvora por Ella, yeclanos!

¡Pólvora como sacramento!

Pues eres Purísima inmensa
eres Cielo descubierto
Eres Azucena ardiente
carroza de amor eterno
Pupila donde mirarnos
fiel gesto de caramelo
Manto de azul celeste
y tus pupilas, unguento

Gracias Madre yeclana
Aurora de encantamiento
Gladiolos de Fe florecidos
Rocío en la Alborada, dulce ensueño
Mirada de azucena, voz sin dueño
Pétalo de rosas en tu ceño
Y en tu andar, mi alegría
Y en tu mirar, mi desvelo
Y en tu corazón la dicha
de saborear lo eterno

¡Pólvora por Ella, yeclanos,
Pólvora de enamoramiento!

Y ya acalló mi voz
Que sea vencejo al viento
Para proclamar dichoso
Ya quebrado hasta el aliento
Porque no hay poesía que pueda
Describir su dulce acento

Te Quiero, Concepción Purísima
Te quiero, Madre del Cielo
Te quiero, Virgen del Castillo
Te quiero, Reina del Universo
Te quiero, Madre yeclana
Y de Yecla su sustento
Y no podría amarte más
Más no podría, lo siento
Que te siento como Madre
Y como Madre te quiero

¡Pólvora por Ella, yeclanos,

Arcas cerradas al viento!

Viva nuestra Patrona

Emperatriz del Universo

Que Yecla transforma en centro

Para admirar su regreso

Para vibrar cuando vuelve

Donde la anhela su pueblo

Pues, por acabar pronto,

Cuando bajáis a la Virgen

Y hasta que retorna al Cerro

Cuando la Virgen desciende

En Yecla, bien lo sabéis

En Yecla, se detiene el tiempo.

¡Viva la Patrona de Yecla!

¡Viva la Purísima Concepción!

¡Viva la Virgen del Castillo!

Antonio Botías Saus

En Yecla, a 27 de noviembre de 2021